

**PRECIO DE SUSCRICION.**  
**EN MADRID.**  
 Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por seis id. . . . . 21 »  
 Por un año. . . . . 40 »  
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.  
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

**ADMINISTRACION Y REDACCION,**  
**Huertas, 10, principal.**  
 No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Numero suelto, CUATRO CUARTOS.

**PRECIO DE SUSCRICION.**  
**EN PROVINCIAS.**  
 Por tres meses, en la Administración. . . . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Un año id. . . . . 50 »  
**ESTRANJERO, tres meses.** . . . . 30 »  
**ULTRAMAR, un año.** . . . . 6 peses.  
 Se suscribe en la Habana:—*Propaganda literaria*, calle de la Habana, núm. 100.

**ADMINISTRACION Y REDACCION,**  
**Huertas, 10, principal.**  
 Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

# GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

## LO QUE CORRE POR AHI

Quando más apurado me juzgaba, cae en mis manos el discurso de Mr. Thiers, y me pongo, como es consiguiente, á bailar.

Tras el discurso de Mr. Thiers, se nos viene encima el de Mr. Fabre, y continúa la distracción de éste mi espíritu caviloso de suyo, y obligado á reirse por una peseta al mes.

Todo el mundo se ha ocupado de su lectura, y puede asegurarse que á escepcion del cartel de los toros, no ha habido en Madrid nada más leído; leer es contemplar, salvo error de suma ó pluma.

La contemplación, no sólo porque la recomendaba Horacio y otros poetas de la antigüedad, sino porque es útil, utilísima y sana para el cuerpo, nos la recomiendan todos los especialistas, particularmente el que asiste á los toros desde el palco núm. 27, y cuya ausencia en la última corrida lamenta con todas las veras de su alma mi buen amigo *El Imparcial*.

¿Qué de cosas no trae á la mente la contemplación!

Desde Jorge Manrique que nos mandó contemplar cómo se pasa la vida

y cómo viene la muerte tan callando,

hasta el público de los Campos Eliseos que contempla todos los días de fiesta cómo suben y cómo resbalan los aficionados á la cucaña, aplaudiendo al que llega á la cima y se carga con el mochuelo, dígoles á Vd. que todo se vuelve contemplación por activa y por pasiva.

Lo último que la Providencia ha puesto al alcance de todas las almas contemplativas es un folleto titulado: *El reo, el pueblo y el verdugo*, escrito por doña Concepcion Arenal.

El título tiene algo de las novelas de Parreño, como *El rey, la Inquisición y el Nuevo Mundo*.

Pero no tiene ningun otro punto de semejanza, afortunadamente para la señora Arenal,—y para mí, que lo he leído.

No faltan escritoras en España; el sexo femenino se va aplicando á las letras desde que producen más que la aguja, ó desde que la ilustración se va estendiendo, ó desde que la mujer va acostumbrándose á pensar por su cuenta y riesgo.

Para saber si esta abundancia de buenas escritoras es conveniente, necesito antes averiguar la opinion de *El Pensamiento*, y si él la juzga favorablemente, no tendré más remedio que opinar en un sentido contrario.

Creo, sin embargo, que *El Pensamiento* no verá con buenos ojos que haya mujeres de verdadero talento, de verdadera sensibilidad, que consagren su pluma á todas las grandes causas, especialmente á aquellas que más directamente influyen en los adelantos de los pueblos.

Y si despues de cantar el progreso y la libertad en

buenos versos, la mujer es modelo de virtud, buena madre de familia, ¿dónde vamos á parar? Asi, pues, conste que en este asunto, como en otros, me quedo al paño en cuanto á las cuestiones de fondo, y sólo me atrevo con las de forma.

La señora Arenal tiene mucho talento y mucha instrucción. Dejando aparte á Carolina Coronado, que es sin disputa la primera poetisa de las Españas, la señora Arenal ocupa uno de los primeros puestos entre nuestras literatas.

Su último folleto es una prueba de ello; basta leer *El reo, el pueblo y el verdugo* (vamos, que el título tiene perendengues), para conocer el alcance de su talento.

La autora admite la pena de muerte como un hecho, y de aquí parte para sacar la consecuencia,—y á cualquiera parte con ella. Pide que se suprima la ejecución pública, pide que se suprima el verdugo, pide que se suprima el cadalso; y pide, por último, la electricidad como ejecutor de la muerte.

Voy á permitirme una observación. ¿No parece oportuno á la señora Arenal que en vez de tantas supresiones sería más breve pedir una sola,—la supresión de la pena de muerte?

El asunto no se presta á burlas, y ya que nos hemos metido en él, hablemos seriamente.

Suponiendo como hecho fatal la pena de muerte, dos requisitos son indispensables para cumplimentar la ley:

- 1.º Certeza de que la sufre el verdadero reo.
- 2.º Instantaneidad de la muerte.

Para el primer caso, bastan las precauciones que la autora menciona; para el segundo, no.

La pila eléctrica produce la muerte rápida, tan rápida como puede presumirla el pensamiento; pero, como en el suplicio ordinario, nada prueba que la electricidad mate instantáneamente. Por poderosos que sean los medios eléctricos, ¿quién se atreve á asegurar que la muerte no sea cataléptica?

La ley manda la muerte, no el tormento; y por eso dicen algunos que es necesario estudiar el modo de matar bien. El chiste es horrible, pero cierto.

El año último sufrió la pena de muerte en Lyon, por medio de la guillotina, un tal Barrel, asesino, y los periódicos de aquella capital contaron horrores de la ejecución.

Era Barrel hombre de constitucion fuertísima, con una energía física extraordinaria.

En el momento de cortarle la cabeza, esta no cayó, sino que empezó á saltar; y el verdugo tuvo que correr tras esta cabeza que parecia *huir*.

El cuerpo, agarrotado, sufrió horribles estremecimientos, y rompió algunas de las cuerdas que le sujetaban.

Transportados cuerpo y cabeza al teatro anatómico, allí se hicieron experimentos que manifestaron la persistencia de la sensación.

¿Este hombre habia muerto de pronto? ¿Sufria despues de la muerte? Este es el problema, y esto es menester evitarlo.

La señora Arenal propone la electricidad: un médico francés, Mr. Hedouin, propone la doble muerte, la ordinaria y la eléctrica.

En cuanto á la supresión del verdugo, que la señora Arenal cree conseguir con la muerte eléctrica, una objeción queda en pié.

Para que la electricidad ponga en contacto los dos fluidos, es preciso un esfuerzo del reo; ¿y si el reo se niega á ello? Se necesita una persona que le obligue. Y esta persona se llamará verdugo.

Quizá este verdugo no cause tanto horror como el otro; pero en el fondo será siempre un hombre *que viva de matar*.

En lo que estamos, y no puede menos de estar todo el mundo conforme con la autora, es en suprimir desde luego las ejecuciones públicas.

Y despues de rendir tributo á su talento y de admirar su vigoroso estilo, pido perdón á mis lectores por haberles traído á colación un asunto que, si bien es de sumo interés, también es capaz de quitar el buen humor al más empedernido caricaturista.

Luis Rivera.

## LIBROS

UN MILLON DE DISPARATES, fragmentos de un libro verde, recopilados en un cuento novelesco por D. Antonio Ramiro y Garcia, con un prólogo de D. José Mariano Vallejo.

Un rimerero de libros nuevos tengo sobre la mesa desde mayo, con propósito de escribir cuatro palabras acerca de cada uno; pero es probable que en el mismo sitio y en idéntica disposición los sorprenda octubre si antes no hallo quien me preste humor y fuerzas para leerlos. Con treinta y cinco grados de calor á la sombra no conozco héroe capaz de hojear una obra de seiscientas páginas para escribir un artículo de seis cuartillas.

No es tan larga, ni con mucho, la que hoy tomo entre manos: á su tamaño y á su índole debe principalmente la preferencia que le doy. Escrita burla burlando y sin presunción, se presta muy bien á ser juzgada con indulgencia y como por juego.

*Un millón de disparates* lleva por título, y á fe que no lo merece. El disparate (si lo hay) no se ha de buscar en ninguno de los ensayos poéticos que componen el fondo principal de la obra, sino más bien en la extraña reunión de todos ellos. «Hace algun tiempo, dice el autor, quise escribir un libro de cantares; escribiendo y escribiendo, despues de los cantares hice otras composiciones; más tarde, causas que no están á tu alcance me obligaron á hacer un cuento; trascurridos algunos dias tuve que convertir el cuento casi en novela, y juzga tú del baturrillo que forma un cuento dentro de una novela, algunas composiciones dentro del cuento, y no pocos cantares entre estas composiciones.» En efecto; el baturrillo es tremendo. Como un cocinero poco experto, el Sr. Ramiro ha escogido en su despensa literaria buena porción de manjares apetitosos, ya que no nutritivos; los ha reunido sin discreción, y aderezándolos con una salsa picante, nos ofrece un plato de poca sustancia, y de no muy fácil digestión.

*Fragmentos de un libro verde* llama á su obra, y en efecto, verde es como una lechuga. Mejor para él; con eso no faltará quien lo lea y hasta quien lo devore. ¡Hay tantos aficionados á lo verde! Aun los que no sentimos

tal inclinacion podemos pasar agradables ratos con la lectura de este juguete. Si la mayor parte de sus versos están cargados de pimienta, otros en cambio van aderezados con sal, aunque á veces un poco ordinaria y casi nunca muy bien molida.

Desde que Baldoví colgó la pluma, no se habia visto en libro español tal abundancia de reticencias resbaladizas, de equívocos fulminantes y de alusiones desbocadas en una materia que ni el mismo Marcial pudiera tratar con más desenfado. Sin embargo, las ideas del Sr. Ramiro, aunque libres por extremo, no suelen ir vestidas tan de corto como las del poeta valenciano. Su traje, si bien trasparente en demasia, llega casi siempre hasta los piés. A menudo aun los epigramas más desembozados dejan camino á alguna interpretacion salvadora.—Oid para ejemplo estos dos, y *honnei soit qui mal y pense*:

Por desgracias de familia  
fuiste á servir de doncella.  
¡A lo que obliga la suerte!  
Nunca creído lo hubiera.  
Al indicar en tu casa  
que iba contigo á casarme,  
tu madre ha dicho que nones,  
y yo la he dicho que pares.

Si todos fueran como estos, no habria mucho que pedir en cuanto á decoro y urbanidad.—Pero algunos cantares del Sr. Ramiro fundan su gracia en equívocos de otra especie. Allí pueden ver los fabricantes de eufemismos el particular servicio que prestan á su lengua. La costumbre de disfrazar los pensamientos poco agradables, y de significar con palabras delicadas ideas que no lo son, viene, con el tiempo y con el abuso, á ser contraproducente y á convertirse en verdadera plaga del idioma: á fuerza de eufemismos ha de llegar día en que no podamos despegar los labios sin escandalizar al auditorio, aun hablando de las cosas más inocentes en el lenguaje más castizo y más casto.—Para enunciar una idea desagradable ó deshonesta, cuyo signo expresivo nos disgusta precisamente por su claridad, echamos mano de otra palabra que sin descubrir del todo la idea peligrosa la deja entrever, como un cristal empañado. Pero ¿qué sucede? Al cabo de cierto tiempo la costumbre nos hace considerar la nueva palabra como signo propio y natural del objeto á que figuradamente la aplicamos; el uso la clarifica y hace trasparente ni más ni menos que la desechada; y entonces, como la malicia no estaba en la palabra sino en la idea, el nuevo vocablo se halla tan inútil como el antiguo. Gracias á ello nos encontramos con dos palabras inválidas en vez de una, es decir, con un vocablo menos en circulacion;—porque conviene advertir que la expresion figurada suele quedar inhábil aun en su sentido recto y genuino.

Yo he visto al público reír hasta reventar oyendo al protagonista de un drama, que tras larga meditacion, y despues de arrugar un papel, exclamaba en tono resuelto:—«¡Ahora... vamos á obrar!»—Y quién tenia la culpa de este efecto inesperado? ¿El autor? ¿El público?—No señor; el retórico almidonado que por horror á la propiedad habia dado anteriormente á un verbo tan genérico una significacion especial que no le correspondia. El lenguaje es el espejo de las ideas; cuando ellas no son agradables

«Arrojar la cara importa,  
Que el espejo no hay por qué.»

En la actualidad todas las lenguas, y particularmente la castellana, hierven de frases equívocas y de vocablos de dos caras, que, sin propiedad metafórica, significan por comun consentimiento las cosas más heterogéneas,—como ciertos dibujos artificiosamente compuestos representan objetos distintos, segun el lado por donde se miran. En esto la pedanteria de los escritores está perfectamente secundada por la malicia de los ignorantes. Merced á una y otra, se ven cosas peregrinas. El pronombre *lo*, unido á ciertos verbos inocentes, les presta, en concepto de algunas personas, toda la malicia imaginable. Por insipido que sea el verbo, en agregándole esta especie de levadura, luego fermenta y se agria. Hasta el más genérico y vago, el descolorido verbo *hacer*, acompañado de semejante apéndice, adquiere no sé qué significacion antonomástica capaz de ruborizar á un capitán de coraceros.

De estas y otras aberraciones hace su agosto el señor Ramiro, con mucha gracia en ocasiones y con no poca desenvoltura en otras. Yo creo que podria emplear mejor su ingenio. Para entretener no es necesario escandalizar. La risa puede asomarse á los labios sin que los colores se asomen al rostro; y en apoyo de este aserto,

inútil seria citar ejemplos al Sr. Ramiro, cuando su mismo libro los ofrece. ¿Dónde hay cosa más inocente, más cándida, más simple que la siguiente composicion? Pues bien, yo os desafio á que la leais sin desarrugar el entrecejo.

Si encontráis por la calle  
un quidam flaco, de estirado talle,  
cabellera rizada, alta estatura,  
uniendo á su ridícula figura  
sus puntos ó sus comas de poeta  
y el no tener jamás una peseta,  
(moneda muy corriente en el Parnaso)  
soy yo mismo, señores; no hagais caso.

Si encontráis por la calle  
una señora de relleno talle,  
baja estatura, pecho de montaña,  
las trenzas recogidas en castaña,  
varonil ademan, mano chiquita,  
sonrosada la tez, lengua expedita,  
sombbrero á la *derrière* y falda negra,  
¡¡mucho ojo, caballeros, que es mi suegra!!!

No es esta la única ni la mejor composicion inocente que hay en la obra; pero las de tal especie pueden contarse por los dedos.—Acaso algunos lectores hallarán en el color la prenda más recomendable del libro.—Por mi parte, si tuviera con el Sr. Ramiro la suficiente franqueza, le cogeria la mano, y le diria: «Su libro de Vd. no es lo que se llama un buen libro (*tant s'en faut!*); pero en él se muestra un ingenio que bien dirigido puede dar frutos muy sazonados, como alguna vez los produce ya cuando acierta á distinguir lo chistoso de lo inconveniente y lo salado de lo picante. Si algún día logra usted unir, como espero, al ingenio el gusto y á la facilidad la correccion, tendremos en España un poeta más que agregar á los pocos jóvenes cuyos chistes merecen nombre de tales. Principie Vd. por no mostrarse rebelde, como suele, á las leyes más paternales de la sintaxis y de la prosodia,—cosa fácil para quien algunas veces muestra tal abundancia de lenguaje y tal delicadeza de oido. Sobre todo, recoja un poco el vuelo, y considere que al público se le ha de tratar como á un amigo: con toda franqueza, pero con todo respeto. No dé Vd. á la pluma más libertad que á la lengua, ni diga en un libro lo que no diria en una reunion. Escribir como se habla, esa es la mejor regla. Si tal hace Vd., el público se lo premie, y si no, la critica se lo demande.»

Federico Balart.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

¡Valencia!

¡Bendito sea Dios que tales cosas cria! Alabado sea el momento en que se me ocurrió desembarcar. Hé aquí, señores y señoras, una ocasion en la que no puedo, no debo, ni puedo deber, ni debo poder, ni quiero ser yo mismo. Es decir, para que todos me entiendan, que necesito olvidar por un momento mi obligacion de tomar á broma todo lo que se me pone por delante.

No es Valencia cosa de risa.  
Es de sonrisa.  
Pero de sonrisa de mujer amada; porque Valencia es una muchacha de quince abriles que está sonriendo sin cesar, en invierno, en primavera, y en verano y en otoño.

Es una poesia que se empieza á saborear en el puerto y no se acaba de olvidar nunca.  
Entré en domingo: eran las seis de la mañana y el sol continuaba prodigándome sus favores.

Apenas senté el pié en tierra ya me rodeaban media docena de tartaneros ofreciéndome su vehiculo para llegar á la ciudad.

Subí á uno de aquellos coches y á los dos minutos entraba en la ciudad risueña por el camino del Grao.

El camino del Grao es un camino que recomiendo á los poetas y á los cristianos, porque tengo para mí que si no es el camino de la gloria se le parece mucho.

A ambos lados del caminito ha echado el resto la mano pródiga de la Providencia. ¡Oh, Antonio Trueba! Me acordé de tus cuentos de color de rosa. Si tu país es como este; ¡bendito sea tu país, y bendito este sea!

Y me ha dado por las bendiciones, porque, créalo usted, vecina valenciana de los ojos negros, ese Divino Señor que echó á puñados la sal en los palmitos de las andaluzas y que sembró manojitos de azúcenos en las caras de estas *chiquetas* de la Huerta, ha cogido también á puñaditos, á puñaditos y á puñados grandes, las flores más olorosas y de más embriagador aroma para sembrar el campo que *vostét* pisa. ¡Y viva la gracia de Dios, que en Valencia estamos!

Decia que á ambos lados del camino las flores se agrupan alrededor de los árboles frutales y de las empalizadas caprichosas que dan al paisaje una fisonomía especial; y desparramadas aquí y allí, con esa falta de simetría que es la superioridad invencible de la naturaleza,

sobre el arte, descuellan así como quinientas ó seiscientas *barracas*...; ¡pero qué barracas tan encantadoras, madre mia de mi corazon! Blancas como la nieve, limpias como el oro, con sus techados de paja de color de ceniza en forma de A; parecen palomitas que se han venido á posar sobre los fresales para emprender prontamente el vuelo.

La barraca valenciana es una cosa tan agradable por su color, por su forma y por su limpieza, que constituye ya por sí sola una impresion completamente nueva para el viajero.

Pero hay otra impresion más... característica (que es hablar mal y á propósito).

Si se deja de mirar por un momento á los lados y se fija uno en el camino... ¿qué es eso que viene por ahí? ¿Qué tren de nueva especie lleva la gente al Grao? Un tren de tartanas. Mil tartanas oscuras y brillantes, toscas y finas, de todos los géneros y de todos los colores, desde la que lleva al mar á la dama principal, hasta la que sirve de nido á la bella *Uauraora*, que con una mirada mata á un hombre y con otra resucita á dos por lo menos.

¿Quién se acordaba ya del mareo ni cosa parecida? Entré en Valencia y respiré como si me hubiera quitado un peso. ¡Cuánta sonrisa, cuánta flor, qué caidas de ojos negros!... Y la tartana arre que arre, dando tumbos, y el tartanero y yo contra la corriente de las tartanas que de la ciudad salian. Y á cada tartana que pasaba, asomaban por delante ó por detrás una, dos ó tres cabecitas de mujer que nos miraban á nosotros. Y esta que hace un gesto, y la otra que parece que saluda, y la de más allá que mira y sonríe, y la de más cerca que saluda con la mano, y esotra que saluda gritando y riendo, íbamos pasando por entre la fila, que era como pasar por un sendero de flores con alma de sér humano. Todo el mundo llevaba la cara alegre y el semblante animado. El dialecto, cariñoso y dulce, parece lengua italiana. El carácter, franco y decididor, parece aragonés. Lo que no se parece á nada es el país, el paisaje y el paisanaje. La blanca barraca, la esbelta palmera, la tartana que se ve en todas partes y á todas horas, el labrador con los anchos zaragüelles, blancos como la barraca de donde salieron, todo esto constituye una poblacion especial y tiene color tan local, que no es posible imaginarlo. Es la Italia moderna, habitada por los antiguos árabes españoles.

¡Pues no digamos nada de la ciudad! En cuanto entré por aquellas calles creí que el alma me saltaba dentro, que queria salir afuera y que el corazon me daba saltitos de alegría. Vaya Vd. por donde vaya, entre y salga por el barrio que quiera, no encontrará nunca esos edificios de color oscuro que se ven en otras poblaciones, ni esas fachadas ostentosas y que pregonan la vanidad del dueño. Hay en toda la poblacion una sencillez encantadora, y hay sobre todo un color de dulzura y de consuelo que, vuelvo á repetirlo, parece que la ciudad sonríe como sonríen las mujeres enamoradas. No se usa aquí más color que el azul claro ó el verde clarísimo; el color del cielo y el color del mar están reflejados en todas las casas. Nada de combinaciones ridículas, ni de diversidad de colores chillones. Azules y verdes y blancos.

La poblacion, árabe hasta la pared de enfrente y hasta la de atrás, es envevesada como un diantre, y no hay medio posible de orientarse pronto. Pero en cambio, ¡cuánta sorpresa! Aquí hay una reja baja que convida al amor de noche. Yo estoy seguro de que si me acerco veo una mujer... ¿á ver? Pues no, que lo que hay detrás es un jardín. Jardinito de frescas flores, donde se enlazan las rosas blancas con las amarillas; las enredaderas abrazan cariñosas el tronco de la palmera, que se mece suavísimamente como embriagada por el perfume de la cercana magnolia. ¿Y aquella otra reja? Será otro jardín sin duda ninguna. Yo quisiera asomarme para ver las flores... ¿á ver? Pues no son flores lo que hay detrás de la reja. Son unos ojos negros, grandes, rasgados, lánguidos como la noche de luna, apasionados como una valenciana.

Y en este país quisiera yo vivir, madre.  
País de flores, de ambiente aromado, de poesia, de sonrisas y de miradas que llegan al alma.  
¡Ay! ¡Bendito sea Dios que tales cosas cria!

Carta número 3.

Amigo Luis Rivera, no me conoces.  
Me has dirigido una carta muy bonita escrita en tercetos que quisiera que fueran míos. ¡Pero creer que me olvido de la mujer ni por un momento!

¡Nunca!  
¿No ves cómo apenas senté el pié en Valencia, ya me dijo mi corazon al oido:—Aquí estoy yo, y ahí están ellas?

Y es indudable que el corazon me saltaba.  
Tanto, que me atrevi á hacer unos versos, ligeros como el carácter, descuidados como el vestir, y cariñosos como el habla de las valencianas.

A riesgo de salirme de mis casillas te los voy á regalar.  
Se titulan...

Las tartanas.

Bendiga Dios las tartanas de las niñas valencianas, que á través de sus cortinas me dejaron entrever las muchachas más divinas que en mi vida pienso ver.

# TIPOS MADRILEÑOS



—Puede haber hecho una gran boda... si... con la hija de un marqués! pero mis ideas filosóficas me obligaron a casarme con una que había sido doncella en su casa.

## TEMPESTADES DE LA VIDA

(Continuación.)

—¡Insensato! replicó en seguida. ¿Qué voy a preguntar a esta imagen, que no sabrá comprender mis angustias? ¿Qué ha sido de Magdalena? ¿Será necesario que espada en mano vaya a pedir nuevas a esos bandidos que cantan? Todo debía hablarme de ella en esta galería tan llena de recuerdos.

¡Retrato a quien imploro!

En este momento René levantó la cabeza para poder distinguir mi cara, y su respiración vino a agitar la rosa; las hojas desprendidas cayeron sobre su frente como una fresca lluvia.

Sorprendido, retuvo algunas en el aire, y se aproximó a la ventana para verlas. Después, fijando sobre mí una mirada en que se pintaba el amor, paseó por mis vestidos su calenturienta mano, y acabó por encontrar bajo sus dedos el alfiler y el seco tallo de la flor.

—¡Victoria! exclamó; ¡victoria! El retrato ha hablado. Bien sabía yo que el amor de Magdalena podía hacer un milagro.

Su alegría convirtióse en delirio, pues a sus ojos, la rosa le decía claramente: ¡Existo y te amo!

Se bajó y reunió en su mano todas las hojas esparcidas por el suelo.

Pero desgraciadamente su grito de alegría fué oído. Turbados en su borrachera, temiendo alguna sorpresa hasta entonces impunes bebedores, se levantaron, y armándose a la ligera, avanzaron hacia nosotros precedidos de mujeres que llevaban algunas antorchas.

Bien pronto me arrepentí de mi confesión temeraria. A pesar de su valor, René era incapaz de resistir a tantos enemigos, que a sangre fría quizás hubiesen inclinado la frente, pero que escitados por el vino se volvían invencibles. Podía huir, es verdad, pero él despreciaba el peligro.

Desvainó su larga espada, dejó caer su capa para estar más libre en sus movimientos, y con la mano firmemente apoyada sobre la empuñadura del arma, cuya punta tocaba al suelo, se recostó contra mí y esperó.

Los otros marchaban con circunspección, sondeando todos los rincones oscuros. Hubiera dado mi existencia efimera por conservar a Magdalena su amante. Pero el honor de socorrerle me estaba prohibido.

Mientras tanto quería remediar mi torpeza. El peligro se volvía amenazador. Estábamos todavía a la sombra, pero las antorchas llegaban. Un instante más y René estaba descubierto.

Hice un esfuerzo desesperado... entonces sentí un estremecimiento extraño; se me figuró que me movía. ¡Había el cielo escuchado mi ruego! Imposible dudarle; un

prodigio se operaba. Me sentía deslizar lentamente á lo largo de la pared.

Hubiera querido lanzarme, saltar sobre el suelo; pero obediendo á un impulso irresistible, caí de cabeza, y con mis pliegues envolví el cuerpo del que quería defender.

Cuando el tropel llegó al dintel de la galería, vieron la tela caída, el marco desvencijado, y atribuyeron al desplome de la tapicería el estruendo que habían oído.

René permaneció inmóvil, encorvado y pronto á salir fuera de su asilo si se hubieran aproximado. Sentía cerca de mí su aliento abrasador, su mano, que temblaba de cólera.

Una palabra, un paso, hubieran provocado un combate terrible.

Dichosamente, explicado el ruido, los temores desvanecidos, cada uno se retiró, y la galería quedó de nuevo sumida en las tinieblas.

El joven salió de su escondite y se alejó diciendo: ¡Magdalena existe! Aunque esté en el fin del mundo la encontraré.

En cuanto á mí, estaba encantado, fiero, envanecido. Por la primera vez me sentí dueño de mi voluntad. Había roto mis trabas. René me debía la vida, pues sin mi intervención, hubiera seguramente sucumbido.

(Se continuará.)

Descollando entre el gentío del paseo del *Plantío*, las he visto yo venir con unos ojos... ¡Dios mío, si no los sé describir!

Unos ojos... que cayendo con pereza, blandamente, y girando lentamente, lentamente, al descuido van mirando. Y al mirar, el alma entregan y hasta el alma mía llegan: presto el alma se traspasa... y... ¡ay de mí! yo no sé lo que me pasa viendo unos ojos así. Más de dos y tres mañanas ví salir unas tartanas caminito de la mar. Salió el alma á sus ventanas para mirarlas pasar. Ocupaban las banquetas unas lánguidas *chiquetas*, y eran todas muy bajitas de color; paliditas, paliditas, ¡pero qué lindas, Señor!

¡Venturoso tartanero, tú, que aspiras el primero, conduciendo la tartana, el suspiro placentero de la niña valenciana! Cuando la niña se asoma, tú disfrutas del aroma que derraman las sonrisas al brotar... ¡frescas son, como las brisas de las ondas de la mar!

Bendiga Dios las tartanas de las niñas *boniquetas* que...

Al llegar aquí entró en mi cuarto de la fonda un caballero alemán que ocupaba el cuarto de al lado, y me ocupaba á mí teniendo la feliz ocurrencia de hacerse amigo mío. Un caballero calvo hasta lo sublime, y torpe para entender el español hasta la barbarie. Ví los versos, y ¡naturalmente! como no los entendió le gustaron mucho, y como no le servían para nada, se quedó con ellos. También en Alemania parece que hay franqueza.

Permita Dios que al tal caballero le saquen la raya. Me dejó con plumas y sin cacarear, y á ti sin coplas.

Ten paciencia, y devuélveme la tranquilidad y la reputación en otra carta.

Y ahora me *folletinizo*, para concluir con la frase magna:

(Se continuará.)

Eusebio Blasco.

## CABOS SUELTOS

Un paseo por Madrid.

Vamos á tomar el fresco, que todavía queda alguno. ¿Dónde va la moda, á Recoletos ó al Prado? La moda va este año al Prado durante el verano; frente al Museo durante el invierno, y á todas partes en primavera, porque la moda es *primavera*.

En el Prado, según malas lenguas, se ha rebajado el precio de las sillas.

En la Plaza de Toros se ha rebajado también el precio de los tendidos. Y desde que se han rebajado están casi vacíos. Todas las rebajas son inútiles mientras no se rebaje el pan.

En el Circo de Paul le dan á Vd. por cinco reales un espectáculo compuesto de comedia, zarzuela, baile, un sillón de hierro y un sorbete de idem.

Al tomar el billete de entrada le dan á Vd. adjunto un papelito que dice *obsequio*, con el cual paga Vd. en el café lo que tome. Es una manera ingeniosa de suprimir la propina.

Yo dí la otra noche mis cinco reales y me acomodé en un sillón de hierro, fila 6.<sup>a</sup> Ví representar tres piezas como tres soles, al lado de una señora con dos hijas y un pollo que se llamaba Luis, y toda la noche estuvo la mamá diciendo: Luisito, que no se pierdan los obsequios.

Acabada la primera pieza dijo la mamá: Vamos á tomar los obsequios.

—Luego, mamaita, que ahora hay mucha gente.

Acabada la segunda pieza se repitió el mismo diálogo. Acabada la tercera no pudo resistir más la mamaita, y dijo:

—Ea, á tomar los obsequios, no sea que se acaben.

—¿Qué tomará Vd., mamaita? preguntó uno de los pimpollos.

—Yo, leche merengada. ¿Y Vd., Luisito?

—Una copita mezcada; los hombres fuertes nos hemos de distinguir en algo.

Y Luisito encendió una breva del Cid.

Yo me fui detrás de esta *honorable* familia á disfrutar de mi *obsequio*, y creyendo acertar, pedí un vaso de agua; pero tampoco acerté, porque estaba calentita, que era un gozo. ¡Quién la hubiera cogido en enero!

Tengo el honor de poner en conocimiento de ustedes que tenemos un teatro Chino sin chinos. Se conoce en las cabezas de unos reverberos primorosos de hoja de lata que alumbran el salón.

Está dispuesto este teatro de la manera más admirable para que, llevando allí una compañía de actores sobresalientes, y haciendo espectáculos á todo gasto, se pierda en un mes lo que no se pueda ganar en un año. ¡Soberbia *especulación*!

Y, sin embargo, los actores del teatro Chino son buenos, y los empresarios muy simpáticos, y el ambiente muy fresco. El baile chino, puesto por el Sr. Alonso, es de lo más chino que conozco.

Pero, ya se ve, como no se da *obsequio*, ¡velay!

Cada día me sorprende más la sangre fría de mis paisanos, que sin pararse en barras, improvisan un teatro, una compañía y un público particular.

Nada, cuatro bastidores, cuatro actorcitos y cuatro piezas que estemos calvos de ver, ¡y á divertirse! ¡y á no ganar dinero! ¡y venga lo que viniere!

En las dos últimas corridas de toros me he convencido de que, si yo fuera autoridad, acabaría con eso que los toreros llaman *turno*.

Yo pago para ver matar á Cúchares y á Cayetano, por ejemplo; pero si un toro de estos señores se inutiliza, sacan otro en su lugar, y el matador no mata ya, porque ha pasado turno, y mata el sobresaliente, y yo salgo engañado, de modo que el muerto es el público.

Supongamos que viene á Madrid un matador fenomenal: la plaza se llena por verle. Sale su primer toro, se inutiliza; sale su segundo toro, se inutiliza también; y como le pasan los turnos, no trabaja en toda la tarde, y el público se luce.

Esto es el turno, y esto puede suceder, y esto no debe ser.

Los Campos Eliseos están de enhorabuena. Los domingos concurre allí medio Madrid. Por una peseta tiene Vd. la ascension en las maromas, cuecañas, baile, música, concierto de Barbieri, juegos gimnásticos, función en el teatro, fuegos artificiales, y mucho fresco.

No se puede dar más por menos dinero. No hay manera de resistirse, querido lector: los Campos Eliseos serán con nosotros este verano.

El sultan ha regalado al emperador Napoleon su caballo favorito, el que montaba siempre que iba á la mezquita.

Parece que Napoleon ha recibido con mucho gusto el regalo, porque dice que si se embrolla la cuestión de Oriente, este caballo podrá llevarle á Constantinopla, — si no se extravía en el camino.

A mi novia Mamerta de un bofetón me la dejaron tuerta. Desde entonces, lector, y no te asombres, con un ojo cautiva á muchos hombres.

Para ponderar Santisteban lo concurrido y brillante que estuvo el concierto á beneficio del hospital de Nuestra Señora de Atocha, dice:

«¿Qué de ministros, qué de muchachas y qué de militares!»

¡Cuerpo de Dios, esto es hablar como se debe! ¡Militares, ministros, muchachas! Hace un siglo se hubiera añadido también: «y frailes.»

Que al paisano zascandil olvide, nada me altera... mas... ¡ni un recuerdo siquiera al empleado civil!

En el proyecto de condiciones para la subasta del teatro del Príncipe se pide por el alquiler 80.000 rs., y se ofrece que se dará al postor que presente mejor compañía.

Sentiremos que estas condiciones sean definitivamente aprobadas.

En nuestro concepto, mejor sería ceder el teatro al que diese más dinero y garantizase mejor el cumplimiento con los actores y el público, dejándole en libertad de escoger la compañía que crea necesaria.

Esto nos parece lo más útil, lo más cómodo y lo más lógico.

También se anuncia que el ayuntamiento trata de premiar los actores que se distinguen y las obras que alcanzan mayor número de representaciones y merezcan esta distinción á juicio de la Academia española.

Si ha de ser á juicio de esta corporación, ya suponemos quiénes se llevarán los premios: los neos ó los amigos de los neos.

Como este plan no está aprobado y todavía no se sabe cómo quedará en definitiva, abrigamos la esperanza de que el ayuntamiento de Madrid procurará solo sacar el mayor alquiler posible del local y pedir garantías al concesionario.

Hay hombres que tienen el privilegio de vivir más que Matusalen.

Conozco á un señor que parece joven y tiene ya cincuenta años; nadie le ha visto enfermo; en todo hace lo mismo que si tuviera veinticinco años, y yo me quedo vivo cada vez que le veo.

¿Cómo se la compondrá para ello?  
¿Qué secreto, qué ciencia oculta le pondrá á cubierto de las enfermedades y de la influencia de los años?

En los Estados-Unidos se va á establecer un *restaurant* gigante; los manjares serán servidos por ferrocarril.

Nosotros podremos hacer lo mismo: ya tenemos ferrocarriles; solo nos faltan manjares.

Dice *La Correspondencia* que se necesitan 15 meses para ver todo lo que hay en la Exposición de París.

Como la mayor parte de mis compatriotas solo emplean 15 días, supongo que vendrán enterados.

El joven escritor D. Faustino Hernando ha abierto una especie de paréntesis en su carrera periodística, recibiendo la investidura de licenciado en farmacia, en cuyo acto ha pronunciado un entusiasta discurso de gracias que *El Restaurador* ha trasladado á sus columnas.

Damos la enhorabuena á nuestro amigo, y si maneja la espátula como la pluma, le auguramos honra y provecho en el ejercicio de su nueva profesión. Aunque parezca un contrasentido, los tiempos que corremos, más que de la pluma, son propios de la espátula, del tafetán y del espadrapo.

Dice *La Correspondencia*:

«Según *La Prensa de la Habana*, había llegado á Puerto-Rico el conocido escritor Sr. D. Manuel del Palacio, el cual se propone permanecer en aquella isla.»

Es cuanto podemos decir á los numerosos amigos que nos preguntan por nuestro querido compañero.

## PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior:—*Los toreros de fama acaban en las astas del toro, los aficionados reventados de correr.*—Idem á la Charada. *Argamasilla.*

### CHARADA

1.<sup>a</sup>

Un tiempo en imperativo es la *primera y tercera*, y como letra *primera* con gusto yo la recibo.

A veces sin gran motivo *segunda y primera* pierdo, otras veces no me acuerdo, y así siempre de este modo, porque consagro á mi *todo* ratos de feliz recuerdo.

(La solución en el número próximo.)

## ANUNCIOS

### ALMONEDA DE CUADROS

En la calle de Preciados, núm. 41, cuarto principal, hay los restantes de una magnífica colección, hallándose entre ellos una Concepción propia para iglesia ó oratorio particular, etc.

### ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 10, se glosea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

## BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc. etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

### BAÑOS

NO MAS TUFO EN LAS HABITACIONES.

Ave-María, núm. 11, tienda de Marín.

Se venden y alquilan baños de zinc y de hoja de lata, con estufas ordinarias y de las que no dan tufo, como en años anteriores, que en atención á las circunstancias y á las muchas aguas que posee hoy Madrid, serán sus precios muy económicos.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.